



Sala de exposiciones "Vitorio Manchon", del centro asociado de la UNED

Un instante de fotografía

■ *Álvaroanet*

Si estuvieron en la sala de exposiciones de la SUNED la pasada semana, en la 2ª muestra de fotografía del certamen "Ciudad de Melilla 2007", tal vez conserven hoy un recuerdo difuso de las mágenes que se exhibían allí o extraordinario, según fuera su estado de ánimo entonces.

Personalmente creo que, en esta ocasión, podría servir muy bien lo que el fabricante Canon subraya en la publicidad de sus equipos: "We speak image", que -traducido- podría ser más o menos: "hablamos imagen". Mensaje que se refuerza aquí por cuanto el certamen permitía esa amplia libertad de expresarse.

Reunidas en función de sus autores fotógrafos, as imágenes sorprenden por las creencias en que se define su semiótica: verdades universales y, a la vez, ordinarias. A veces el lenguaje va sobre sentimientos que surgen del tráfico de obligaciones cotidianas y pueden provocar sonrisas: en otras, su sentido es más trágico o trascendente y dirigen al espectador a la tristeza, incluso a las lágrimas.

En la mayoría de los casos -a excepción de las premiadas cuyos autores son ahora conocidos-, son "amateur snap-shots" de fotógrafos de los que, en principio, se desconoce su identidad. Es quizá por eso que todas ellas son un delicioso enigma: ¿quién las registró?, ¿por qué?.

Para el visitante, hay por supuesto pocas formas de saberlo. Pero es mejor así. Un conocimiento preciso de estos detalles tal vez restaría magia al instante de fotografía primero y haría desaparecer todas las suposiciones sobre su registro o procedencia.

Desde el escaparate de la expo. se muestran al espectador como objetos frágiles en los que reina una atmósfera detenida y nostálgica tan impenetrable como sus autores. En algunas de ellas, las escenas revelan composiciones no planificadas o iluminaciones que hacen agua por filtraciones inesperadas, incluso errores en el enfoque.

Imperfecciones éstas que aumentan su atractivo para un público no entendido y, a la vez, refuerzan su réplica a los estériles dominios de la fotografía profesional de concurso.

Dominando la experimentación técnica, el profesional-fotógrafo-de concurso trabaja a conciencia las apariencias realistas, cuando no documentales, en un intento desesperado por plantear algo diferente a lo habitual. Sus fotografías de marca profesional suelen estar ligadas a obsesiones personales que se repiten serie tras serie, a veces con una misma y aburrida apariencia. El mensaje llega con claridad pero fríamente, sin ninguna opción para el espectador.

Si se presta un poco de atención, en un "amateur", se aprecia con claridad el desconocimiento técnico relativo del medio, de los sofisticados soportes con los que mostrar las fotos en una exposición, incluso la esencia fugaz de sus envíos. La mayoría de las veces, el fotosurfing por el universo digital, hace que la electrónica sea convergente a una realidad común que sucede tal cual, sin demasiados artificios.

Así las cosas estas fotografías existen en tanto que sucesos cotidianos que fluctúan en una comunicación abierta y asequible. ¿Qué mejor manera de archivar el legado de la fotografía para la humanidad que desde su vocación comunicativa global?.

DESDE LA DISTANCIA

Dispensario

Uno de los centros benéficos más desconocido por el público de Melilla, fue el antiguo dispensario de la Cruz Roja, situado en los bajos del Hospital, con entrada frente al actual Palacio de Congresos y Exposiciones. Eran unos cuantos cuartos destartados, con mesas y bancos de madera pintados de blanco, con una sala de curas e inyectables, bajo el control de una monja de la Caridad. Funcionaba a tranca y barrancas.

Corrían los años sesenta cuando fue nombrado Presidente de la Asamblea Provincial D. Francisco Llinás de Les, que puso en marcha numerosos proyectos para tratar de mejorar, (dentro de los pocos medios económicos de que disponía) lo mejor posible, todos los servicios de la Asamblea, incluido el Hospital.

Realizó un concurso para proveer todas las vacantes que había de las distintas especialidades. Se instauraron consultas externas, adquiriendo pronto fama entre los estratos más pobres y humildes de la Ciudad, especialmente, Barracas de S. Francisco, Canteras del Carmen, Monte María Cristina, Reina Regente y Cañada de Hidúm, que acudían al Dispensario en busca de atención médica, de medicación y de cualquier otra clase de ayuda que se le pudiera prestar.

Especialmente nutrido era el número de pacientes infantiles. Muchos de ellos venían en estado lastimoso: deshidratados, depauperados, famélicos; cuando su estado era grave los encamábamos en el Hospital, que tenía un convenio con el Ayuntamiento para asistir a la Beneficencia Municipal. De todas formas, los médicos no estábamos contentos, carecíamos de medicamentos; los medios eran escasos. Los pocos medicamentos de que disponíamos eran las muestras que nos proporcionaban los representantes de productos farmacéuticos en sus visitas periódicas a nuestras consultas particulares. El mobiliario era tercermundista.

Un día recibimos la visita del entonces Obispo de Málaga Monseñor Suquía, recientemente fallecido, que luego fue elevado a Cardenal y nombrado Arzobispo de Madrid. Como prácticamente el mayor peso del dispensario recaía sobre mí, me pidió el Presidente que acompañara en su visita a Monseñor Suquía, el cual, cuando vio las condiciones en que estaba el Dispensario, me dijo: "Doctor. Para ver esto, no me inviten más". Comprendí que, llevaba razón, no era el Dispensario para presentarlo a nadie. Esta conversación la puse en conocimiento del Presidente; tuvimos una reunión con el administrador y se acordó reformar y modernizar el Dispensario. Se pidió la colaboración de los otros especialistas y se les pidió también que informaran qué necesitaban para sus consultas.

Se modernizó el mobiliario, se pusieron estanterías en todas las consultas para los medicamentos, se pintaron todas las habitaciones, se cambió la solería y se adecentó la sala de curas e inyectables. Se instaló un aparato de rayos X y, en una reunión con todos los especialistas, acordamos pedir a los representantes de productos farmacéuticos, tanto de Melilla como a los que venían de la Península, que colaboraran proporcionándonos muestras de las distintas especialidades. Debo afirmar que todos, sin excepción, nos proporcionaron gran cantidad de muestras hasta que se clausuró el dispensario.

Merecen especial recuerdo, las casas de productos dietéticos infantiles, que nos proporcionaron tal cantidad de envases, que llegamos a dar leche y farináceos a treinta niños diarios. Para no caer en pecado de olvido de alguna casa, no daremos el nombre de ninguna, solo diremos que alguna nos suministró camiones enteros de sus productos. Fue la época de mayor esplendor del Dispensario. No podemos precisar el número de consultas de especialidades, de asistencia hospitalaria a partos e intervenciones quirúrgicas que se realizaron en enfermos encamados a través de las consultas.

En Pediatría, tuvimos siempre el mayor número de enfermos, y gracias a las atenciones, cuidados y educación sanitaria, disminuyó sensiblemente el aterrador índice de mortalidad infantil de entonces. Se enseñó a las madres a traer a sus hijos a vacunar y a control de peso a los lactantes. A los que se le proporcionaba alimentos, se les llevaba un control riguroso para evitar abusos. Es lástima que no hayan quedado datos ni archivos de las historias clínicas. Toda esa labor ha pasado al olvido; la mayoría de la población desconoció esta labor benéfica de la Cruz Roja, y los que la conocieron la han olvidado por completo, incluso los propios miembros antiguos y actuales de la Institución.

En una nueva visita a Melilla de Monseñor Suquía, le invité a visitar el Dispensario; ante su negativa, le aseguré que le gustaría el cambio experimentado. Así fue, vino, vio como se había cambiado todo y quedó encantado.

Entre los beneficiarios había una proporción aproximadamente igual de musulmanes y de cristianos, pues entonces mucha gente carecía de Seguridad Social.

No quiero terminar este artículo, sin rendir un emocionado y sincero recuerdo a Sor Victoria, la Hermana encargada del Dispensario, que con una labor silenciosa, abnegada, sacrificada, y en muchas ocasiones, no reconocida, fue el alma del Dispensario, a pesar de su avanzada edad.

José María Gómez Montes

Ahora expresión ciudadana **libre**

Melillense **Melillense** **Melillense** **Melillense**

Los cursos de alfabetización suscitaban en la polémica a la "crisis de los impresos"

La "crisis de los impresos"

marca el inicio de la carrera electoral

El Plan Estratégico de Melilla: "un diagnóstico conforme a lo esperado"

Se han cumplido dos décadas del inicio del proceso de regulación documental

Los guardias civiles

3.000 ejemplares de difusión gratuita